

## LA EXPLOSIÓN DETONANTE

Fue un estallido infernal.

La explosión se produjo al amanecer del segundo martes de septiembre y su onda expansiva se extendió por las calles manchadas de cerveza de Mornington Crescent. Hizo saltar las alarmas de los automóviles, salpicó de ladrillos la calle, hizo que la chimenea de un edificio saliera proyectada doce metros por los aires, rompió los tímpanos a diversos mendigos, dejó sin plumas a más de dos docenas de palomas, catapultó a un sorprendido gato pardo por la ventana de una tienda de kebab y arrojó diversas tejas a la frente del Papa, que protagonizaba un anuncio de preservativos delante de la estación de metro.

La atmósfera vibró, rasgando el frágil mesenterio de la civilización de la ciudad y evocando una época en la que las bombas caían sobre Londres. En aquel entonces, al igual que ahora, el polvo y los escombros manchaban el claro y fresco aire que separaba los edificios, emblanquecían las carreteras y se movían a la deriva bajo la luz del sol de la mañana, como las semillas del diente de león. Por una fracción de segundo, el pasado y el presente se fundieron en uno.

Fue un milagro que nadie resultara herido de gravedad.

O eso fue lo que creyeron en un principio.

Cuando la sargento de detective Janice Longbright recibió la llamada telefónica, lo primero que pensó fue que se había quedado dormida y se había saltado el cambio de turno.

Entonces recordó que acababa de retirarse de las fuerzas policiales. Hacía tantos años que la despertaban a horas intempestivas que había aprendido a desperezarse antes de que el teléfono que descansaba junto a la cama diera el tercer timbrazo. Echó un vistazo al reloj y, apartando

los sueños de su mente, escuchó la voz urgente que le hablaba al oído. Mientras su futuro marido seguía durmiendo, se abrió paso silenciosamente (tanto como pudo, pues era de andar pesado y distaba mucho de ser grácil) por el apartamento, se vistió y condujo hacia el edificio que se alzaba sobre la estación de metro de Mornington Crescent.

O mejor dicho, condujo hacia lo que quedaba de él, pues la Unidad de Crímenes Peculiares del norte de Londres había saltado por los aires. El estrecho laberinto de oficinas ubicado en el viejo edificio eduardiano que se alzaba sobre la estación de metro había desaparecido, y en su lugar oscilaban ardientes fragmentos de tabloneros y argamasa. La estación de metro no había sufrido daños, pero no quedaba nada del departamento que había sido el lugar de trabajo de Longbright.

Tras abrirse paso entre los camiones de bomberos y cruzar los chorros que escupían sus serpenteantes mangueras, intentó discernir la envergadura de los daños. Era una de aquellas mañanas grises en las que la luz del sol no se molestaría en aumentar de intensidad. Las oscuras nubes se cerraban sobre las casas adosadas vecinas como si fueran tapas de cazuela, y la lluvia que humedecía la columna de humo oscurecía su visión. La puerta blindada de la entrada había saltado por los aires. Al acercarse, pudo ver que los bomberos avanzaban con cautela por las humeantes escaleras. Reconoció a varios de los agentes que estaban encintando la acera y la carretera, pero no vio ninguno de los rostros más familiares de la unidad.

Sintió un escalofrío en el estómago cuando los miembros del equipo de salvamento, con sus chalecos amarillos, empezaron a despejar un camino entre los escombros. Se llevó la mano al bolsillo del abrigo, sacó el teléfono móvil y marcó el primero de los dos números que encabezaban su lista. Ocho pitidos. Doce. Nadie respondió.

Arthur Bryant no tenía contestador y Longbright había dejado de insistirle en que dejara mensajes grabados después de que sus experimentos de «sobre-tensión estática» hubieran magnetizado al personal de un centro de atención telefónica de British Telecom en Rugby. Probó con el segundo número. Después de seis timbres, la voz de John May le dijo que dejara un mensaje. Estaba a punto de hacerlo cuando le oyó a sus espaldas.

—Janice, ¿estás aquí?

May llevaba un abrigo negro que enfatizaba sus anchos hombros y le hacía parecer más joven de lo que era (debía de tener unos ochenta y tantos años, pero nadie conocía su edad exacta). Tenía el cabello cano,

escondido bajo un sombrero de lana gris, y su rostro y sus manos estaban manchados de carbón, como si fuera a librar una guerra de guerrillas.

—John, te estaba llamando—dijo Longbright, aliviada al ver un rostro conocido— ¿Qué diablos ha ocurrido?

El anciano detective parecía conmocionado, pero estaba ileso. Afortunadamente, había llegado después de que se produjera la explosión.

—No tengo la menor idea. La Unidad Antiterrorista de la Ciudad de Londres ha descartado la implicación de algún grupo político, pues no hubo ninguna llamada de aviso. —Contempló el edificio en ruinas—. Abandoné la oficina sobre las diez de la noche. Arthur quiso quedarse. Arthur... —Miró con los ojos muy abiertos el edificio, como si fuera la primera vez que lo veía—. Ya sabes que siempre dice que no necesita dormir.

—¿Me estás diciendo que todavía está ahí? —preguntó Longbright.

—Eso me temo.

—¿Estás seguro de que seguía en la oficina cuando te marchaste?

—No me cabe la menor duda. Cuando llegué a casa le llamé y me dijo que iba a trabajar toda la noche, que no estaba cansado y quería adelantar trabajo. Ya sabes lo que hace cuando tiene un caso importante: abre una botella de Courvoisier y trabaja hasta el amanecer. Es su forma de celebrarlo. Es una locura comportarse así a su edad. Sin embargo, había algo en su voz...

—¿Qué quieres decir?

May sacudió la cabeza.

—No lo sé. Fue como si quisiera decirme algo pero cambiara de opinión... ya sabes, los extraños silencios que hace cuando está al teléfono. Unos oficiales que pasaban en un carro de recuperación blindado de la división de la calle Holmes le vieron asomado a la ventana sobre las cuatro y media de la mañana. Se burlaron de él, como siempre, y Arthur abrió la ventana, les dijo que se fueran a la mierda y les arrojó un pisapapeles. Debería haberme quedado con él.

—Entonces os habríamos perdido a los dos —replicó Longbright, alzando la mirada hacia los restos de argamasa y ladrillo—. Es imposible que haya sobrevivido.

—Yo tampoco tengo demasiadas esperanzas.

Se les acercó un joven alto vestido con una chaqueta de nylon amarilla. Era Liberty DuCaine, un caribeño de tercera generación que trabajaba en el equipo forense con dos jóvenes indias, las estudiantes más brillantes del curso. Liberty odiaba su nombre, pero su hermano

Fraternity, que también estaba en el cuerpo, odiaba aún más el suyo. Longbright levantó la mano.

—Hola, Liberty. ¿Tienes alguna idea de qué...?

—Un artefacto incendiario de algún tipo, compacto pero muy potente. Desde aquí se puede ver con claridad el patrón de la explosión. Es muy preciso. Destruyó las oficinas, pero ni siquiera chamuscó el tejado de la estación. —El joven estaba tan impaciente por explicar lo que sabía que hablaba en una especie de *staccato* que a May le costaba seguir— Hay algunos periodistas intentando indagar sobre el asunto, pero no deben conseguir ninguna información, ¿de acuerdo?

—Es imposible que Arthur lograra salir a tiempo.

—Lo sé. Lo encontrarán. Estamos esperando una JCB para poder empezar a mover las vigas. No han hallado nada con los detectores de sonido y no creo que lo hagan, pues la unidad se vino abajo como si fuera una baraja de cartas. Estos viejos edificios no tienen muchas cosas que los mantengan en pie. —Liberty apartó la mirada avergonzado al ser consciente de la incomodidad que habían causado sus palabras.

Longbright empezó a avanzar hacia el edificio, pero May intentó detenerla.

—Deja que te lleve a casa, Janice —se ofreció.

Ella se encogió de hombros y rechazó la mano que le ofrecía.

—Estoy bien. Lo único que ocurre es que jamás imaginé que esto pudiera terminar así... porque esto es el fin, ¿verdad?

Conocía perfectamente la respuesta. Arthur Bryant y John May habían sido moldeados por la rutina y el hábito. Tras cerrar el caso habían permanecido en la oficina analizando los resultados, comparando los datos, disfrutando de su mutua compañía. Era lo que siempre hacían, su forma de empezar de nuevo. Todo el mundo lo sabía. John había sido el primero en abandonar el edificio, dejando solo a su socio insomne.

—¿Quién dirige la investigación? Tendrán que verificar...

—La prioridad principal del departamento de bomberos es asegurar la zona —dijo Liberty—. Informarán de sus hallazgos lo antes posible. Si me entero de algo, os lo haré saber. John tiene razón; deberíais regresar a casa. Aquí no hay nada que hacer.

May contempló el edificio. De repente, no estaba seguro de qué debía hacer.

Longbright observó la columna de humo herrumbroso que ascendía con rapidez hacia el cielo gris. Se sentía desconectada de los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor. Aquel era el fin de una asociación

especial. Bryant, May y Longbright habían unido sus nombres para siempre. Ahora, ella se había retirado y Bryant había fallecido, dejando solo a May. Había pasado tanto tiempo en compañía de ambos detectives que se sentía más cercana a ellos que a sus parientes más próximos. Para ella, ambos habían sido y siempre serían su familia.

Longbright se dio cuenta de que estaba llorando antes de que se oyera el grito. Tenía la impresión de que el tiempo se había replegado sobre sí mismo. Un bombero gritaba desde lo alto del renegrido edificio. No pudo oír lo que decía, no pudo permitirselo. Mientras corría hacia las ruinas con los bomberos pisándole los talones, el grupo de rescate empezó a transmitirse unos códigos que le resultaban muy familiares.

Habían localizado el cadáver de un varón blanco de edad avanzada entre los escombros. Para Arthur Bryant y John May, aquel era el violento final de una alianza poco ortodoxa. Eran sus colegas, sus mentores, sus mejores amigos. Longbright se negaba a aceptar que Bryant hubiera muerto.

Aquella inmolación había unido el final y el principio, el pasado y el presente. John May siempre había tenido la impresión de que su socio no se contentaría con una muerte rutinaria. Acababan de cerrar un caso triste y cruel, el último que habían investigado juntos. Ya no había enemigos prominentes. Bryant había empezado a sopesar la idea de retirarse mientras la unidad se preparaba para un período de cambios radicales impulsados por la nueva política del Ministerio del Interior. May y él habían estado hablando de todo esto el viernes anterior, durante su paseo vespertino habitual junto al río. May evocó en su mente aquella conversación, intentando recordar si habían comentado algo inusual. Habían cruzado el Puente de Waterloo durante la puesta de sol, discutiendo, bromeando y disfrutando de su mutua compañía.

John y Arthur, inseparables, entrelazados por la proximidad de la muerte, serían amigos inverosímiles de por vida.

## UN PASADO CRIMINAL

—¿Me estás diciendo que están dando la oportunidad de resolver crímenes a simples aficionados? —preguntó Arthur Bryant, bastante sorprendido—. Coge una piruleta de pera.

—¿No tienes nada más? —May arrugó la bolsa de papel, decepcionado—. Me abrasan la lengua. Al parecer, según un estudio publicado por el Centro Scarman, un investigador que ha recibido formación es igual de bueno decidiendo si un sospechoso miente o no que cualquier persona normal y corriente.

El Centro Scarman dirigía un instituto de investigación criminológica situado en la Universidad de Leicester y los políticos se tomaban muy en serio sus descubrimientos.

—¿Estás seguro de que el Ministerio del Interior y la Asociación de Jefes de Policía apoyarán el proyecto? —preguntó Bryant, mientras examinaba el contenido de la bolsa—. Creía que quedaba algún Winter Mixture.

—No sé de dónde sacas esos caramelos; estoy seguro de que ya no se fabrican. El Ministerio del Interior ya le ha dado su apoyo, de modo que cualquier persona respetable, dotada de sentido común y con una mente analítica podrá ser reclutada. Los civiles tendrán acceso ilimitado a las pruebas y los expedientes. Pensaba que te gustaría saberlo. Tú mismo lo sugeriste años atrás.

—Bueno, los civiles tienen una ventaja primordial sobre nosotros. — Las bolsas de plástico ondulaban como medusas depredadoras alrededor de los semáforos situados al final del Strand. El tráfico emitía el mismo zumbido que los bombarderos y el humo que escapaba de los tubos de escape cargaba la atmósfera. Bryant se apoyó sobre su bastón para

recuperar el aliento. Aquel bastón era un asunto delicado. May se lo había regalado por su aniversario el año anterior pero Bryant, horrorizado ante la sugerencia de que tenía dificultades para moverse, lo había dejado en el invernadero, donde había brindado su apoyo a una capuchina enferma durante varios meses. Ahora, el anciano detective había empezado a utilizarlo con discreción—. Ellos no se ven limitados por el conocimiento de la ley. He contratado civiles desde que la unidad abrió sus puertas en el año mil novecientos treinta y nueve.

—Al parecer, el Ministerio del Interior empieza a pensar como tú —comentó May—. Nos ha sido designado un nuevo coordinador policial. Se llama Sam Biddle.

—¿Algún parentesco?

—Su abuelo, creo.

—Qué extraño. El otro día estuve pensando en el viejo Sidney Biddle. Era tan sensible, tan firme y tan eficiente... ¿Por qué le odiábamos tanto? ¿Recuerdas que una vez conseguí que se afeitara la cabeza diciéndole que los pilotos de los bombarderos alemanes podían distinguir a los pelirrojos aunque la ciudad estuviera a oscuras? En aquel entonces era terrible.

—El nieto nos está remitiendo solicitudes de empleo. Podríamos reclutar más personas como DuCaine. Sería un cambio refrescante para la unidad. Anoche te llamé para discutir el tema, pero tenías el móvil desconectado.

—Creo que se rompió cuando se me cayó, pues ahora solo sintoniza viejos programas de radio. ¿Cómo es eso posible? Además, me parece una tontería tenerlo conectado cuando estoy jugando en el Freemason's Arms. —Accedieron a la abrasada oscuridad de los edificios que ribeteaban el Puente de Waterloo—. Una vez respondí a una llamada mientras cruzaba las Puertas del Infierno, golpeé a uno de los jugadores y estuve a punto de romperle la pierna. Los quesos pesan más de cinco kilos.

—¿Se supone que debo saber de qué me estás hablando? —preguntó May.

—De bolos —explicó el detective—. Estoy en el equipo. Jugamos en el sótano de un pub de Hamstead. La pelota se llama queso.

—Jugar a juegos de niños con un puñado de viejos borrachos no es mi idea de diversión. —May solía olvidar que solo era tres años más joven que su socio.

—Ya no quedan demasiados jugadores —protestó Bryant.

—No me sorprende —replicó May—. ¿No podrías hacer nada más productivo por las tardes? Pensaba que ibas a escribir tus memorias.

—Oh, he preparado una saludable introducción. —Bryant se detuvo en el centro del puente para recuperar el aliento. Sombras anaranjadas se proyectaban sobre las pálidas balaustradas a la agonizante luz del sol. También aquí el tránsito contaminaba el aire. Hubo una época en que la rancia humedad del río te impregnaba la ropa pero, ahora, el olor solo persistía en la orilla y debajo de los puentes—. Dicen que vuelve a haber peces en el río. He oído decir que han encontrado otro torso humano cerca del puente de Blackfriars, pero aún no hay ni rastro del salmón. Estoy examinando mis viejos contactos. Es bastante entretenido; deberías probarlo. Ve a ver a esa nieta tuya, sácala de la casa.

—April ha sufrido una crisis nerviosa. No pude soportar las multitudes; es incapaz de relajarse. La ciudad le engulle.

—Tienes que hacer lo mejor para ella, contraatacar. Se supone que a los londinenses se nos da muy bien. Creo que deberías hacerle una visita y animarla a interesarse por algo del exterior. —Bryant buscó su pipa, pero solo encontró la boquilla—. Me pregunto qué habré hecho con el resto —murmuró—. Acabo de terminar de redactar nuestro primer caso. ¿Te he contado que regresé al Palace para examinar los archivos? Seguían estando donde los había dejado, bajo toneladas de viejas fotografías. La sala de archivos estaba exactamente tal y como la recordaba.

—Eso es imposible —exclamó May, sorprendido.

—Los teatros no cambian tan deprisa como otros edificios.

—Pensaba que algunas de las salas más selectas habían sido destruidas en los sesenta.

—Y así fue. En su mayoría eran teatros de variedades, pero los demás están catalogados. Fui a ver la demolición del Hipódromo Depford.

—¿Cuántos expedientes has examinado?

—Te sorprenderías. Aquel asunto de la tontina y el tigre de Bengala; las maldiciones rúnicas que paralizaron la ciudad de Londres; el cadáver cubierto de mariposas... Tengo nuestros mejores casos y un listado de los grupos marginales de la ciudad que podría sernos de utilidad.

—Deberías actualizar tu base de datos, pues todavía hay miembros de la Asamblea de Brujas de Camden registrados como contactos fiables. ¿Es necesario que te mencione al Vampiro de Leicester Square?

—Todo el mundo puede cometer un error —replicó Bryant—. Mira eso, un toque del viejo Shanghai en Londres —señaló un grupo de brillantes triciclos amarillos que se alejaban pedaleando, atrayendo las miradas aburridas de los turistas—. ¿Te apetece invitarme a una taza de té en Somerset House?

—Te toca pagar a ti.

—Pensaba que lo habrías olvidado. —Bryant bizqueó hacia el sol, que se estaba poniendo tras el tejado del Saboy, tan pálido como un huevo de supermercado—. Además de encontrar los archivos del Fantasma del Palace, descubrí algo interesante sobre nuestro asesino. En los últimos años he pensado varias veces en ese pobre desgraciado.

Ante ellos, el Embankment estaba ribeteado de fieras luces de neón rojas y azules que anunciaban el festival del Támesis. Parecía el dibujo del río hecho por un niño con colores de cera.

—¿Qué descubriste?

—Estoy pensando en pasarme por el Wetherby mañana por la mañana —anunció, sin responder del todo a la pregunta. El Wetherby era un sanatorio de Southwark, regentado por monjas y asociado al Maudsley, que acogía pacientes con demencia senil.

—¿Por fin vas a pedir que te hagan un chequeo? Me encantaría acompañarte, pero he quedado para comer con una señorita muy atractiva y nada de lo que digas me convencerá de lo contrario.

Bryant hizo una mueca.

—Por favor, no me digas que se te está pasando por la cabeza la idea de iniciar una relación.

—Tengo todas las esperanzas del mundo.

—Debo decir que me resulta bastante grotesco saber que, a tu edad, sigues sintiendo apetito sexual. ¿No podrías limitarte a consultar las páginas pornográficas de Internet? ¿Qué edad tiene esa mujer? Seguro que es más joven, ya que no te gustan las que son mayores que tú... y eso significa que, seguramente, es una hija de la posguerra de cincuenta y muchos años llamada Daphne, Wendy, Susan o algo así, divorciada o viuda... y morena, teniendo en cuenta tu historial. Probablemente considera que eres el hijo mayor que nunca tuvo y, en ese caso, sueña contigo y está deseosa de hacerte la comida y esas cosas, de modo que no le importa esperar un poco antes de tener el placer de encontrar uno de tus vulgares trajes de sastre colgado en el extremo contrario de su armario.

Irritado por la precisión de las palabras de su socio, May sacó el mechero y encendió un cigarrillo que se suponía que no tenía.

—Lo que haga en mi tiempo libre no es asunto tuyo. Nunca voy a ser más joven que ahora. Tengo el colesterol por las nubes. Puede que sea mi última oportunidad de practicar sexo.

—No seas desagradable —espetó Bryant—. Deberías tenerla bien guardada. Un hombre de tu edad tiene la obligación de dejar quieta la

región pélvica. Sería mejor que empezaras a hacer algo productivo, como tallar madera. Las mujeres cuestan una fortuna, pues se dedican a acumular cenas en restaurantes y a rastrear tiendas en busca de un estilo especialmente elusivo de sandalias.

—Todavía me consideran atractivo. Incluso tú les gustarías si mejoraras un poco tu imagen.

—Dejé de comprarme camisas cuando empezaron a costar más de seis libras. Además, me gustan los pantalones que venden en Laurence Corner; algunos son muy graciosos.

—Allí venden ropa militar, Arthur. Lo que llevas es la parte inferior de un uniforme del ejército. Fíjate en esos dobladillos. Podrías aparcar una bicicleta en ellos.

—Para ti es muy fácil; siempre se te ha dado bien impresionar a las mujeres —protestó Bryant—. No tienes el porte de una tortuga malhumorada.

La ropa moderna de May encajaba con la frescura de su aspecto. A pesar de su avanzada edad, muchas mujeres le seguían considerando atractivo. Su cultura y su aguda comprensión del mundo moderno se complementaban con la extraña visión psicológica que tenía Bryant sobre la raza humana y su cooperación simbiótica les confería ventaja sobre otros oficiales que carecían de su experiencia, pero eso no les impedía discutir como un viejo matrimonio. Acababa de comenzar la séptima década de su asociación.

Aquellos que no conocían bien a Arthur Bryant consideraban que había sobrevivido a su utilidad. No ayudaba demasiado que fuera incapaz de mostrarse amable, que frunciera el ceño intensificando así sus arrugas y que viviera eternamente enterrado bajo bufandas y chaquetas de punto, siempre con frío, siempre protestando, viviendo exclusivamente para su trabajo. Bryant era el miembro en activo más anciano de la policía de Londres, pero May conocía su otra cara: su alma inquieta, el brillo de intelecto frustrado en sus ojos legñosos, su capacidad oculta para la compasión y la empatía.

—De acuerdo —dijo Bryant—. Tú sal con tu pimpollo y yo iré al sanatorio. Me gustaría aclarar algo antes de dar por terminado el primer volumen... pero espero que no se te ocurra decirme nada si me meto en problemas.

—¿En qué tipo de problemas podrías meterte? —preguntó May, temeroso de intentar imaginarlo—. Bueno, intenta ponerte algo que te distinga del resto de pacientes pues, de otro modo, no te dejarán salir. Podríamos quedar el domingo, ¿qué te parece?

—Estaré en el despacho.

—Deberías tomarte un poco de tiempo libre. De hecho, incluso podría ir a verte jugar a los bolos.

—Ahora estás siendo condescendiente. Bueno, puedes venir a la unidad y ayudarme a cerrar los expedientes. Eso si consigues despegarte de... veamos, ¿Daphne, quizá?

—Pues sí —admitió May, muy molesto.

—Hum. Sabía que se llamaría así. Bueno, no exageremos las cosas. — Bryant cruzó el puente a grandes zancadas, oscilando enérgicamente el bastón a modo de despedida.

Esta conversación había tenido lugar la tarde del viernes. May ignoraba que el domingo sería el último día que pasarían juntos en Mornington Crescent.

## EL CÍRCULO COMPLETO

Cinco días después, Longbright se encontraba en una zona íntima y desatendida del cementerio de Highgate, asistiendo al sencillo sepelio que sellaría públicamente la vida de Arthur Bryant. A sus espaldas, al otro lado de la verja, los periodistas y los turistas japoneses hacían fotografías. Arthur no tenía parientes con vida y el único civil presente en el funeral era Alma, su casera, que había amenazado con hablar con la prensa si no le permitían asistir a la ceremonia. Alma conocía la mayoría de los secretos de la unidad debido a la indiscreción de su inquilino.

Longbright permaneció junto a la húmeda parcela rosa que contenía la urna de su compañero mientras los miembros de la unidad desfilaban ante ella, deteniéndose con torpeza para ofrecerle sus condolencias. Liberty DuCaine dirigía la nueva generación de empleados de la unidad. Parecía que había comenzado una nueva era.

Longbright era una mujer fuerte que había querido estar sola durante el sepelio y se había negado a llorar. Su prometido se había ofrecido a llevarla a casa, pero ella le había pedido que le esperara en el coche. El suelo del cementerio estaba empapado debido a las recientes lluvias torrenciales. El brezo y las ortigas caían sobre la piedra manchada de musgo; una naturaleza ansiosa por ocultar todo signo de alteración terrenal. Arthur Bryant había dispuesto ser enterrado en este lugar hacía sesenta años, cuando había muerto su gran amor. A Longbright le costaba aceptar que el cuerpo de un hombre tan vital hubiera quedado tan destrozado. El laboratorio forense lo había identificado gracias a la dentadura derretida que Bryant había empezado a usar el año que Margaret Thatcher había subido al poder.